

EL NUEVO MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

La frazada de la abuela Catalina

Desconcierto, perplejidad, sorpresa, y una buena dosis de desubicación, fueron las reacciones más habituales entre la mayor parte de la clase política y amplios sectores de la sociedad, ante la irrupción de un movimiento imprevisto y cargado de mensajes que resultan incomprensibles desde el punto de vista de "lo establecido".

"Fuérzales a batir las alas
Vuélvels semejantes a tu corazón
Hazlos servir la vida entera."

Paul Eluard

RAÚL ZIBECHI

Un buen termómetro de ese desconcierto fueron las sucesivas declaraciones del presidente del Codicén, profesor Germán Rama, quien acusó en una primera instancia a los estudiantes de estar manipulados por tupamaros y comunistas, para lue-

go endilgarles el adjetivo de "zapatistas". En ambos casos Rama creyó conveniente etiquetarlos y mostró su incapacidad para considerar la posibilidad de que los jóvenes actuaran por sí solos, sin necesidad de que nadie los lleve de la nariz.

El movimiento juvenil, que durante tres semanas se expresó en las ocupaciones de los centros de estudio, supone un hondo revulsivo social y cultural, es portador de formas inéditas de organización social en el Uruguay, y es la manifestación de tendencias profundas que laten entre los jóvenes desde

la reconquista de la democracia, hace ya once años.

El presente movimiento tiene antecedentes. Pueden rastrearse en la última fase de la lucha contra la dictadura, en la creación del PIT y la ASCEEP, experiencias de fuerte contenido democrático de base que luego fueron subsumidas, y controladas, por las estructuras tradicionales. Más adelante se dieron formas de movilización juvenil como la Coordinadora Anti Razias, que realizó en 1989 el campamento de Libertad para festejar el fin de una modalidad represiva que había tenido su punto más



alto en el asesinato del joven Guillermo Machado. Ya en la década de los noventa, surgió la Coordinadora de Estudiantes de Secundaria, la FEUU realizó importantes movilizaciones en las que predominó la imaginación y lo lúdico, y más recientemente se realizaron actividades como el campamento de El Minuano, hace apenas seis meses.

Con el correr de los años el movimiento juvenil —estudiantil, barrial o musical— fue acentuando sus rasgos de autonomía de los partidos y estamentos políticos. A la vez, consiguió acuñar expresiones propias que tienden

a diluir las distancias y diferencias entre la protesta y la fiesta, crear formas de contestación a una sociedad que los excluye y encontrar conductas y códigos que lo identifican.

Un rasgo característico de la juventud actual es la falta de espacios. Los jóvenes no encuentran su lugar ni en las instituciones estatales, caracterizadas por su verticalismo (ni siquiera en los centros comunales de Montevideo), ni en los partidos políticos esclerosados y alejados de la vida cotidiana, o la vida a secas, ni en organizaciones sociales que a menudo aparecen dirigidas por la generación de sus abuelos. Tampoco encuentran espacios en los medios masivos de comunicación, ámbito que sienten como ajeno y donde no pueden sintonizar siquiera la música preferida, y tampoco consiguen identificarse con la estética y el lenguaje predominante que aquellos difunden y utilizan. Más aún, desde los medios a menudo se identifica la cultura juvenil con droga, alcohol, violencia y delincuencia. “Ser joven es delito”, dicen muchos.

Los jóvenes tienen grandes dificultades para ingresar al mercado de trabajo; el desempleo afecta de forma dramática a los menores de 25 años. En los barrios periféricos de Montevideo el 60 por ciento de los jóvenes no estudia ni trabaja. La cifra de personas de entre 14 y 24 años que no estudian ni trabajan llega a un promedio del 26 por ciento para el conjunto de la capital.

De esa forma, los jóvenes sufren, como ningún otro sector etario, una segregación social y espacial que termina por empujarlos a la calle, único espacio que, en ocasiones, consiguen hacer propio. Un informe del Instituto de Teoría de la Arquitectura y Urbanismo sobre los comportamientos sociales y el uso del espacio urbano en Montevideo, concluye que “la enorme mayoría de los jóvenes vive un asedio y postergación aún no concientizado de manera acabada”¹. Viven la ciudad como algo ajeno, que no les pertenece.

Por otro lado, la crisis habitacional sumada a la desintegración familiar agudizan esa falta de espacios. Los jóvenes no sólo no encuentran su lugar en la sociedad; tampoco se sienten a gusto en el hogar, ya sea por falta de un espacio físico propio, o por las consecuencias de la desintegración de la familia nuclear tradicional, que cuestiona sus ámbitos “normales” de socialización. En síntesis, “la sociedad le retacea empleo a la juventud, y la ciudad no les reconoce lugares específicos. Ser joven en Montevideo supone —especialmente hablando— vivir una marginación en su sentido literal: habitar en los márgenes. En los márgenes de la ciudad y en los márgenes de la trama urbana: la calle”².

Pero la cultura juvenil ha ido abriéndose espacios desde la reapertura democrática. En algunos casos, a fuerza de imponer su presencia; en otros, invadiendo y ampliando espacios que ya existían, tomándolos como propios. Es el caso de las barras bravas y el candombe, fenóme-

nos que conocen una verdadera explosión en la última década y que, por su especificidad, merecen un análisis más detallado. También han surgido expresiones juveniles como las radios libres o comunitarias y los conciertos de grupos de rock, donde los muchachos imponen sus conductas, dejan de comportarse como meros espectadores y diluyen las distancias entre espectadores (pasivos) y actores (activos).

En este sentido, la ocupación de los liceos puede leerse, también, como la creación o invención de un espacio propio, una especie de territorio libre donde los jóvenes impusieron sus reglas y códigos: debate abierto y democrático, fiesta y diversión pero también trabajo y reflexión, en un espacio horizontal en el que todos son tratados como iguales. La principal demanda del movimiento estudiantil (participar en el debate sobre la reforma educativa) tiene mucho que ver con el deseo de subvertir el papel —subordinado y pasivo— que la sociedad les asigna, y contra el que apunta la rebelión en curso.

De la federación a la coordinación

Recorrer aunque sea someramente la trayectoria del movimiento estudiantil de Secundaria desde la transición democrática hasta la actualidad, es poner en blanco sobre negro las profundas transformaciones acaecidas en su organización, sus formas de expresión y los objetivos planteados. Permite también observar el sentido de esos cambios y las razones por las cuales los actuales estudiantes secundarios rechazan las formas establecidas —y jerarquizadas— de organización. La primera estructura que se dieron los estudiantes, la Federación de Estudiantes de Secundaria (FES), fue prácticamente una fotocopia de las organizaciones sindicales y de las gremiales imperantes en la Universidad.

La FES elegía en los centros delegados federales y convencionales que conformaban un consejo federal y una convención que se convocaba anualmente. Existía además una dirección —un secretariado de cinco miembros— permanente. Los delegados federales eran elegidos por voto secreto en los centros, donde los estudiantes optaban por las diferentes listas —partidarias o de alianzas de partidos— que se presentaban. Existían también organismos zonales que actuaban como órganos de dirección intermedios.

Durante la primera etapa la hegemonía comunista (UJC) era aplastante. No obstante, diversas alianzas entre quienes contestaban al sector dominante conseguían en ocasiones imponerse en algunos centros. La tónica del movimiento estudiantil la pautaba el fuerte enfrentamiento entre sectores políticos, llegándose en numerosas ocasiones a colisiones violentas en las reuniones de la federación.

Pero 1989 fue un parteaguas. Algunos centros importantes fueron ganados por listas "radicales" y a lo largo de ese año la FES se fue desgranando hasta dejar de existir. Varios hechos, además del debilitamiento de la corriente comunista, estuvieron en la base de la crisis de la FES. Cabría mencionar, entre ellos, la derrota del voto verde en el plebiscito sobre la Ley de Caducidad, la anomia social propia de un año electoral y, sobre todo, un aumento de la represión que canalizó buena parte de la protesta juvenil hacia otros cauces, mucho menos institucionalizados.

Aunque exploró nuevas formas de movilización, en las que se combinaban la protesta y la fiesta, la rígida estructura de la FES no consiguió expresar la cultura juvenil que venía ganando cada vez mayores espacios sociales. Un buen ejemplo es que el sector político mayoritario en la FES rechazaba el rock, que comenzaba a ser sentido por los jóvenes como una de sus principales expresiones musicales. Las movilizaciones de respuesta al asesinato del joven Guillermo Machado, en medio de una política que priorizaba las razias como forma de meter en cintura a la juventud, llevaron a la creación de la Coordinadora Anti Razias. La nueva organización se convirtió pronto en alternativa para buena parte de la juventud estudiantil—pero también para aquellos sectores que no hacían vida liceal—, se dio una estructura horizontal y no jerarquizada, e hizo del rock una de sus principales formas de comunicación.

El movimiento duró poco tiempo, pero fue lo suficientemente amplio y removedor como para conseguir frenar las razias, provocó la renuncia del ministro del Interior, Antonio Marchesano, y celebró—a modo de festejo—el multitudinario campamento de Libertad, a principios de octubre. A partir de allí la Coordinadora Anti Razias se diluyó, pero su presencia selló el fin de una época: la de las estructuras juveniles jerarquizadas y copadas por sectores políticos.

Aquella Coordinadora, antecedente inmediato de las nuevas formas de organización del movimiento estudiantil, funcionaba de forma descentralizada en los barrios, no elegía delegados sino que realizaba plenarios a los que asistían todos los que querían ir, rompiendo con *"la forma estructurada de asambleas gremiales o políticas, con todo el poder que implica saber manejarlas"*³. Resulta interesante constatar que desde diferentes sectores del espectro político las actitudes hacia la Coordinadora Anti Razias fueron similares. Tanto el Foro Juvenil como el Frente Juvenil del MLN le retiraron su apoyo, constatándose que desde extremos ideológicos opuestos se reaccionó de forma simétrica ante un fenómeno que les resultaba incomprensible y no entraba en sus cálculos "tácticos". El apoyo a la Coordinadora provocó la



crisis y desaparición de las juventudes tupamaras y, paralelamente, llevó a la burocratización defensiva de las organizaciones juveniles comunista y socialista.

Recién en 1991 los estudiantes volvieron a recomponer una nueva organización. La marcha del 14 de agosto fue convocada por el Encuentro de Estudiantes de Secundaria, a la que acudieron menos de mil personas. Se trataba de una coordinación a la que asistían jóvenes a título individual, que no representaban a su centro sino que deseaban movilizar al estudiantado mediante una organización más flexible. Las demandas habían cambiado: si la FES se movilizaba prioritariamente por el boleto y un presupuesto digno para la enseñanza, los convocantes de la marcha de 1991 pusieron en primer plano el tema de la represión, toda vez que ya habían existido enfrentamientos en algunos liceos—el Zorrilla en particular—con los funcionarios del servicio 222.

Sin embargo, fue en 1992 cuando el movimiento estudiantil despegó con fuerza. Se creó la Coordinadora de Estudiantes de Secundaria, que convocó la marcha del 24 de julio con motivo del aniversario de la muerte de Machado. Acudieron unas 1.500 personas y terminó con una fuerte carga policial frente al Codicén, que resultó apedreado por los manifestantes.

A partir de ese momento la Coordinadora ganó fuerza. En su interior existían dos corrientes: una que respondía a los jóvenes vinculados a los sectores llamados "radicales", y la otra a comunistas y socialistas. Pero el hecho

más sobresaliente, en el que coincide la mayoría de los testimonios, es que *"de unos 150 que nos reuníamos, apenas 20 tenían militancia orgánica"*. En suma, la inmensa mayoría de quienes formaron y militaron en la Coordinadora era independiente.

La marcha del 14 de agosto fue muy debatida. Aún estaba fresca la represión contra la marcha anterior, apenas 20 días antes. Se discutía si debía existir un servicio de orden o "autodefensa", triunfando quienes argumentaban a favor. Pocos días antes de la marcha, un grupo de estudiantes prefirió desmarcarse de la convocatoria y se sumó a una manifestación del PIT-CNT que se realizaba el mismo día. El resultado mostró el poder de convocatoria, y la legitimidad, de la Coordinadora: mientras que a la marcha convocada por ésta acudieron 5.000 personas, a la otra fueron apenas una veintena de estudiantes.

Pocas semanas después, a fines de setiembre, se produjo la ocupación del liceo Miranda en protesta por sanciones impuestas por el Codicén a un grupo de estudiantes que repudió la presencia de los consejeros en el liceo, con motivo de una reunión para evaluar la marcha de la "microexperiencia". Durante los siete días que estuvo ocupado el Miranda se registraron movilizaciones en varios liceos, mientras el Codicén decidió el cierre de todos los centros para evitar la extensión del conflicto. La ocupación se saldó con un éxito total, al levantar las autoridades de la enseñanza las sanciones y aceptar la demanda estudiantil de que los expedientes de los sancionados quedaran "limpios". La importancia de lo sucedido entre setiembre y octubre de 1992 en el Miranda puede resumirse en que fue la primera ocasión, después de la dictadura, en que los estudiantes tuvieron un liceo bajo su control.

El año se cerró con un gran festival en el Teatro de Verano, en el que actuaron 20 grupos. El 92 fue el año de mayor actividad de la Coordinadora de Estudiantes, que años más tarde repetiría las marchas recordando a Líber Arce y a Machado, pero pronto su actividad comenzó a decaer, hasta desaparecer prácticamente en 1994.

A la hora de evaluar éxitos y errores, Diego, estudiante del IAVA de 22 años, menciona que *"la Coordinadora consiguió expresar una cultura juvenil que la FES rechazaba, proceso en el que la Coordinadora Anti Razias jugó un papel determinante"*. También resultó importante que la Coordinadora se diera una forma de organización más flexible, sin cargos fijos y adaptando la estructura a la realidad del movimiento: *"Se trataba de que las formas de coordinación estuvieran subordinadas a la actividad real y concreta, y no como sucedía anteriormente cuando una estructura pesada, lenta y burocrática terminaba por imponer su lógica a la vida gremial en los centros"*.

El decaimiento de la Coordinadora de Estudiantes, a partir de 1993, lo explica Diego

porque "empezó a ser algo separado de los liceos, cristaliza una mentalidad militante, la organización empieza a anquilosarse y a convertirse en una estructura 'pesada'". En suma, la Coordinadora comenzó a ser funcional para dos marchas anuales, se separó de la base y registró en su interior fuertes polémicas políticas que la debilitaron. Finalmente, el año electoral terminó por desvanecer el movimiento.

La búsqueda de espacios

Uno de los hechos que el nuevo movimiento estudiantil pone de relieve es el profundo desasosiego que atraviesa a la juventud. Ya en abril de este año, el campamento de El Minuano —bautizado "Cuando las venas arden, cambia la historia"—, en el departamento de Colonia, puso de manifiesto que esa inquietud, en ocasiones, cobra forma y se muestra capaz de expresarse. Seis mil jóvenes convivieron durante cinco días, sin policía ni tutela, escucharon música, consumieron alcohol y otras drogas, debatieron en decenas de talleres y, aunque hubo algunos incidentes aislados, fueron mínimos y pudieron ser controlados por los propios acampantes.

Aunque hubo "mucha joda", como se quejaron los organizadores, se realizaron múltiples talleres donde se debatieron en profundidad, y a lo largo de muchas horas, temas como la represión y los derechos humanos, Chiapas, marginalidad, segregación social y racial, aborto, ambiente, drogas y delincuencia, entre otros. Los debates sobre educación no concitaron demasiado interés, pero la práctica del taller se reveló como una modalidad aceptada e integrada por los jóvenes, en la que se combinan la participación, el estudio y el debate.

Desde los comienzos del año lectivo la inquietud liceal fue creciendo.

Impulsados por los jóvenes más activos se realizaron decenas de talleres sobre la reforma educa-

tiva, un tema que a lo largo del año fue ganando espacios en los medios de comunicación, en organizaciones barriales y sociales, sindicatos de la enseñanza y también en los liceos. En muchos de esos talleres se venían utilizando, como material de estudio, artículos de periódicos y boletines de ADES, AFUTU y Ademu, a la vez que profesores y docentes eran invitados a exponer sus opiniones sobre la reforma educativa.

Varios liceos venían preparando, desde principios de julio, actividades para la marcha del 14 de agosto, y unos pocos, además, iniciativas sobre los derechos humanos con motivo del segundo aniversario de la muerte de Fernando Morroni en el Filtro. A fines de julio, por iniciativa del PIT-CNT, se realizó una reunión en el local de la central sindical para preparar la marcha recordando a Liber Arce, en la que participaron la FEUU y la Coordinadora de Secundaria. Algunos testigos de estos primeros encuentros recuerdan que el clima era conflictivo, con acusaciones de "burócratas" a los sindicalistas por parte de los estudiantes. "Vinieron tantos delegados como centros de Secundaria organizados —asegura Juan Castillo, secretario de organización del PIT-CNT— y quedamos sorprendidos ante lo que ellos denominaban como 'dirección horizontal'. Se hicieron varias reuniones muy, pero muy conflictivas. Los gurises en vez de dirigirse a nosotros por el nombre o decirnos compañero, nos ponían el mote de burócratas cada vez que se les daba la gana. Sin embargo, ahora tengo que decir que nos hicieron ver un montón de cosas".

Para ese entonces, principios de agosto, la Coordinadora nucleaba apenas a

una pequeña parte de los institutos más activos, entre los que no se encontraba ningún centro de UTU. La idea de ocupar a partir del 14 de agosto se venía trabajando en un puñado de liceos, pero la pretensión inicial consistía en que comenzaran sólo cuatro centros y cuando éstos desocuparan se sumaran otros tantos, para rotar y evitar el desgaste. Los propios promotores de las ocupaciones desconocían la capacidad que pocos días más tarde demostraría el movimiento.

Durante el acto del 14 de agosto, luego de una de las marchas más numerosas y combativas de los últimos años, cuatro liceos decidieron ocupar por tres días. A partir de entonces suceden dos hechos que modifican los cálculos previos: la voluntad de ocupar se extiende de forma imprevista y la Coordinadora se convierte en el lugar donde todos acuden para enlazar y dar forma a las inquietudes. Una anécdota que ilustra la situación de los primeros días: cuando los estudiantes de un liceo de la Costa de Oro se disponían a ocupar, miembros de la Coordinadora acudieron para desestimularlos, ya que consideraban que debían dar el paso recién cuando los centros que habían iniciado el movimiento desocuparan. Casi nadie creía que las ocupaciones pudieran mantenerse más allá del lunes 18. Contra todas las previsiones, a partir de ese día el movimiento se expandió, llegando hasta los rincones menos esperados.

Creando comunidad

Echar un vistazo al tipo de organización que presenta el actual movimiento permite avizorar la profundidad de los cambios y novedades



de que es portador. El primer periódico de la Coordinadora, distribuido durante las ocupaciones, bautizado —no por casualidad— *Repique* y encabezado por la letra de un candombe de Ruben Rada, explica así el funcionamiento gremial: “¿Qué es la Coordinadora Intergremial de Estudiantes? Bueno, acá nos juntamos tres delegados por cada liceo y UTU para coordinar propuestas que bajan de los centros; un lugar donde informarnos de los trabajos que se están haciendo en cada lugar, para poder así ponernos de acuerdo y unificar la lucha ¿Tá?”

La palabra clave del párrafo es “bajar”. En la cultura política y social dominante, las direcciones “bajan” a las bases para recabar sus opiniones, informar o indicar el rumbo (“dar línea”, en criollo). Revela la existencia de una organización jerarquizada en la que hay una base y una dirección, un abajo y un arriba. El carácter democrático de tal organización consistiría en que las bases pueden ser escuchadas y consultadas, y sus opiniones ser más o menos atendidas a la hora de tomar las decisiones.

Para los jóvenes ocupantes, el arriba y el abajo aparecen trastocados. Arriba están las asambleas gremiales y abajo la coordinación del movimiento. La Coordinadora no tiene carácter resolutivo y se limita a poner en común las decisiones soberanas de las asambleas de centros. Ciertamente, no todos los jóvenes consultados coinciden en esto. Algunos centros consideran que la Coordinadora está por encima de las asambleas de centros y desean que tenga carácter resolutivo. Otros estiman conveniente que los voceros o delegados sean permanentes y no rotativos como proponen muchos centros. En todo caso, se constata cierta heterogeneidad y el tema está abierto, aunque tienden a predominar las ideas de no delegación, soberanía de cada asamblea de turno y centro, y rotatividad de los voceros.

Lo que nadie discute es que cada asamblea es autónoma para tomar las decisiones que le parezca, con o sin el consentimiento de la Coordinadora, y que ésta no tiene sentido sin la existencia de gremios sólidos y movilizados. O sea, más allá de la ubicación de la Coordinadora —arriba o abajo— todos parecen coincidir en que lo que la llena de contenido es la actividad gremial en los centros, expresada a su vez en las asambleas.

Por otro lado, las asambleas son muy largas, duran hasta siete u ocho horas y, en ocasiones, deben ser suspendidas para continuarlas al día siguiente. Por su funcionamiento las asambleas no son órganos donde un sector busque imponerse al otro, maniobrando tal o cual posición. Todos hablan, a veces superponiéndose, y a todos se escucha sin que las más de las veces se siga un estricto orden de intervenciones. Más aún: no hay una “mesa” o moderador que las presida y ordene; los muchachos se

sientan en círculo, todos al mismo nivel, porque todos se sienten iguales.

En este punto tampoco existe un patrón común. El caso del IPA es bastante diferente al de la mayoría de los liceos consultados, quizá por tratarse de estudiantes de mayor edad o porque el gremio fue creado hace ya tiempo y funciona con criterios intermedios entre los de la estructura universitaria (elecciones con listas que eligen una directiva permanente) y los predominantes en liceos y escuelas de UTU. En líneas generales se puede decir que el movimiento oscila entre el funcionamiento asambleísta “puro” y una combinación de asambleas con delegados de clases o turnos más o menos permanentes.

¿Qué son las asambleas? Difícil sintetizarlo. En todo caso, parecen mucho más un espacio de comunicación, de intercambio y experimentación que rígidos territorios donde impeña el orden formal y se compite por el poder. Aunque algunos jóvenes se destacan por la claridad de sus exposiciones, no existen líderes y, si surgen, a menudo se los mira con desconfianza. Quizá a estas asambleas se las pueda definir más bien como un espacio para el intercambio (de información y afectos, de comunicación y experiencias).

Ciertamente, para el observador acostumbrado a las asambleas sindicales o políticas, las de los jóvenes parecen caóticas. Por momentos el griterío impide escuchar y ser escuchado. Sin embargo predominan los lazos afectivos, por encima de los políticos⁴, y los de pertenencia e identidad, en una suerte de traslación —y

generalización— de los lazos que anteriormente establecieron en la barra de amigos (que en realidad funciona como una microcomunidad), forma de socialización primaria de los jóvenes de hoy que trasladan tanto a la tribuna del estadio como al liceo y la esquina.

Todos, sin excepción en este punto, declaran haberse sentido en las ocupaciones como formando parte de “una gran familia”, expresando de esa forma los fuertes lazos afectivos creados durante el movimiento. También aseguran sentirse, luego de las ocupaciones, “diferentes interiormente y en nuestra relación con el mundo”. Consultados acerca de esos cambios, la lista puede resumirse así: haber ganado consideración de los mayores, sean docentes o familiares, y un espacio en la sociedad (“sentimos mayor respeto, que ahora se nos escucha con atención”); recuperar las ganas de ir al liceo; “alegría de vivir”; mayor autoestima; “ganas de hacer cosas”, que van desde continuar el movimiento hasta crear una radio libre o hacer talleres de estudio con compañeros, vecinos, padres o docentes. Un hecho muy sintomático es que luego de las desocupaciones se registraron varios campamentos —en Punta Espinillo y El Pinar, por ejemplo— que reflejan el deseo de darle continuidad a las relaciones comunitarias surgidas en los centros.

El teólogo español Casiano Floristán, al igual que muchos otros partidarios de la teología de la liberación, distingue a grandes rasgos dos formas de organización social: la asociación y la comunidad. Las relaciones asociativas, como los partidos y los sindicatos, las define como “instrumentales, racionales, tácticas, interesadas, en las que las personas son medio para conseguir unos fines”. Las relaciones comunitarias se caracterizan por ser “personales, familiares, afectivas, en donde las personas son fines por sí mismas”. Considera que así como sin la asociación no hay progreso, sin la comunidad no hay ética. En ello, más que en cualquier otra cuestión, radican la fuerza y el poder de seducción de este movimiento juvenil.

Algunos estudiantes, como Fernanda, de 17 años, ocupante del liceo Miranda, sostiene que “en la ocupación compartimos todo, desde las ganas de comer algo más sólido hasta los cigarrillos, los nervios y los buenos momentos”. Cualquiera que haya estado un buen rato en un liceo puede comprobar cómo los jóvenes han construido sólidas relaciones humanas, que pasan por compartir el trabajo autorregulado hasta profundos lazos afectivos asentados en algo tan rico como poco común en las sociedades actuales: la vivencia cotidiana de vínculos cara a cara, establecidos en una dilatada experiencia colectiva.

La profesora Selva López Chirico, presente en el momento de la desocupación del liceo de Melo, trazó una emotiva y elocuente síntesis: “Se pintaron la cara de colores, hicieron una manifestación y una fiesta y lloraban porque decían que vivieron unos momentos de tal espíritu





comunitario, que se desarrolló tanto compañerismo, que lamentaban que se terminara". A un buen puñado de jóvenes la experiencia humana y vivencial de las ocupaciones les ha cambiado la vida.

La horizontalidad como forma de organización

El tipo de organización elegida por los "estudiantes en movimiento" desconcertó tanto a las autoridades del Codicén como a quienes apoyaron las ocupaciones. Unos y otros manifestaron su preocupación ante la falta de interlocutores permanentes, acostumbrados a tratar siempre con las mismas personas, con las que —más allá de las diferencias— consiguen establecer formas de entendimiento que allanan la comunicación. Sin embargo, los jóvenes no "eligieron" una organización horizontal como la Coordinadora, sino que la fueron construyendo sobre la marcha, trasladando a la vida gremial tanto las formas de socialización a las que están habituados en la barra de amigos como las experiencias acumuladas en los años posteriores a la dictadura, que les fueron indicando qué tipo de estructura no querían. A partir de allí parecen haber ido experimentando —y lo siguen haciendo— hasta encontrar un molde que se ajuste, pero que no apriete ni resulte incómodo.

En los centros cada turno escoge la organización que considera más adecuada. La mayo-

ría hace asambleas de clase y elige delegados. Cuando lo estiman necesario se hacen asambleas generales. Pero no existe una norma; predomina la elasticidad, dependiendo de las necesidades del momento. Lo mismo sucede con la Coordinadora. Acuden cada vez que es necesario establecer lazos para hacer algo y dejan de acudir cuando se pierde interés o decae la actividad. En suma, "no tenemos un gremio separado de lo que son los estudiantes", sostienen muchos voceros.

Lo que sí predomina es la voluntad de "hacer las cosas entre todos". Natalia, estudiante del Miranda, de 17 años, asegura que "lo que importa es que cada una de las personas piensa y siente de forma distinta", por lo que el esmero por "tratarnos bien" consume muchas energías. Y reflexiona: "No hubo ninguna ocupación donde hubiera un solo problema con una piba, mientras cuando vas a cualquier baile siempre te molestan".

Un buen ejemplo son las asambleas y los talleres. Muchas asambleas comienzan cantando o coreando "asamblea, asamblea". En ocasiones arman dinámicas de grupo o juegos como diversión, para entrar en confianza y distender el ambiente. "Es una forma de comunicarnos mejor —dice Natalia—, de perder la vergüenza de hablar delante de mucha gente, de distendernos y estar cómodos entre nosotros, porque la asamblea no es un trámite." A menudo los

talleres comienzan de la siguiente forma: se sientan en círculo y cada uno escribe en un papel las tres cosas que le parecen más importantes. Se hace una bolita y se tira el papel en el medio, cada uno recoge uno y comienza a discutir el contenido con los dos que tiene a su lado. Luego se juntan de a seis y luego de a doce, para seguir conversando, hasta que se pone todo en común. ¿Dónde lo aprendieron? "No lo sé. Vimos que en una asamblea grande hablan sólo los que tienen facilidad de palabra o los que traen algo para decir. En cambio en grupos chicos hablan todos y así sucede luego en las asambleas, porque si hablan tres o cuatro la cosa no tiene gracia", dice Natalia.

Durante las ocupaciones muchas asambleas comenzaban con debates entre los que compartían una misma comisión de trabajo. Consultado sobre las razones que los llevan a sentarse en círculo durante las asambleas, Alejandro, del liceo 15, dice que "lo hacemos porque tenemos necesidad de mirarnos todos a la cara". Al igual que muchos otros gremios de Secundaria, la mayor parte de los gremios de UTU estima que la Coordinadora se sitúa por debajo de los centros y no debe ni puede tomar decisiones y que los voceros deben ser rotativos.

Un análisis detallado del boletín de la Coordinadora, el único ejemplar publicado

hasta el momento por la organización, permite llegar a conclusiones sorprendentes. Fue elaborado por una comisión integrada por jóvenes de varios liceos. Tiene sólo cuatro páginas, las caras externas son en blanco y negro y las internas a dos colores, justo al revés de lo que sucede con las publicaciones que ponen color en la tapa como forma de atraer al lector. En **Repique** el color está dentro. Esa parte interior se denomina "La frazada de la abuela Catalina" y es una colcha de retazos en la que cada centro escribió un texto breve. Cada trocito aparece "cosido" simbólicamente y en la parte superior, despuntando sobre la manta, aparece la cara de la abuela. A modo de sombrero, la abuela luce un texto en el que la Coordinadora explica qué es la organización.

Natalia expresa las razones del dibujo: *"Cada retazo de color es un centro. En la medida que los retazos se unen la frazada es más grande y más abrigada, más rica y más linda. Si la frazada no está, la abuela Catalina no hace nada, se muere de frío. El sombrero de la abuela es la Coordinadora, pero está por debajo de la frazada, y si la frazada desaparece ella no es nada. Cuanto más chica sea la frazada más frío va a tener, porque el movimiento sin gente discutiendo no existe, no tiene nada que hacer porque depende de eso, es lo que enriquece y lo mantiene. En síntesis, la Coordinadora no es la dirección del movimiento, porque la dirección depende del movimiento mismo. Lo único que nadie discute y siempre se respeta, son las decisiones autónomas de las asambleas de cada centro"*.

En suma, el movimiento no tiene un punto de dirección y de poder. Otra imagen puede servir para completar la idea que los estudiantes quisieron transmitir con la frazada de la abuela Catalina. Es la del **collage**: un equipo de la televisión mexicana acudió a un centro ocupado preguntando acerca de los objetivos de la movilización. *"Nos imaginamos al Uruguay como un collage"* —dijeron—. *Dentro de ese collage quienes tienen que decidir son los colores y no la casaca. Uno tiene que poder decidir, como color, dónde quiere ubicarse, y no que te peguen y tener que quedarte ahí. Pero que te pongan en un lugar depende de nosotros, de que creamos que estamos 'pegados'. Si dejamos de creer en el poder de la casaca, podemos movernos y cambiar de lugar."*

El rizoma estudiantil

Una de las principales diferencias entre el actual movimiento y el que emergió en 1992 consiste en que esta Coordinadora enlaza gremios y no personas. La horizontalidad entre los distintos centros, la inexistencia de jerarquías y líderes, la opción de debatir "todo entre todos", generan no sólo incomprensiones sino un estilo de funcionamiento lento para los parámetros con los que se guía la política formal. Las reuniones de la Coordinadora llegan a consumir hasta doce horas y las asam-

bleas de los centros duran a menudo más de cuatro o cinco horas. Aunque no lo formulan claramente, el concepto del tiempo aparece subordinado al de participación. Existe una especie de ida y vuelta de las decisiones, la Coordinadora informa de las gestiones con el Codicén, los voceros las trasladan a los centros y vuelven con las decisiones para ponerlas en común. En ocasiones, tomar una decisión puede llevar semanas. Por el contrario, consumen muy poco tiempo en decidir quiénes son los voceros, porque *"lo importante no es quiénes van, sino las posiciones que llevan"*.

Explicar el funcionamiento del movimiento estudiantil se torna una necesidad imprescindible, a la vista de las enormes diferencias con todo tipo de organización previa en el Uruguay. Quizá la imagen del "rizoma" puede resultar útil.

En la introducción a un mordaz y penetrante trabajo titulado **Rizoma**, Gilles Deleuze y Félix Guattari critican la lógica dualista o binaria dominante en el pensamiento occidental, asegurando que *"este pensamiento no ha comprendido*

nunca la multiplicidad". Utilizan la imagen del árbol-raíz para ejemplificar este tipo de lógica (uno se divide en dos), que califican como el pensamiento más clásico, viejo y fatigado, anclado en oposiciones (bueno y malo, positivo y negativo, etcétera). En oposición a la imagen del árbol defienden la del rizoma, que vendría a representar de forma más adecuada la imagen de multiplicidad: un conjunto de líneas, como un tubérculo, que aglomera actos muy diversos.

Principios del rizoma son la conexión y la heterogeneidad: *"Cualquier punto de un rizoma puede ser conectado con cualquier otro, y debe serlo. Es diferente al árbol o la raíz, que fijan un punto, un orden"*. También lo caracteriza el *"principio de multiplicidad"*, en el que no hay ninguna relación con el Uno, donde *"no hay unidad que sirva de pivote"*, ni puntos ni posiciones, sino sólo líneas. Tampoco existe en el rizoma un eje de poder, como en el sistema caracterizado por la imagen del árbol-raíz.

Por esa razón, *"un rizoma no puede ser roto, quebrado en cualquier parte, él se recupera según tal*



o cual de sus líneas y siguiendo otras líneas". La imagen del rizoma, en el mundo vegetal, sería la de la grama o la de los hongos, y en el animal la de las hormigas o las ratas. "Contra los sistemas centrados (incluso policentrados) —aseguran Guattari y Deleuze—, de comunicación jerárquica y vínculos preestablecidos, el rizoma es un sistema acentrado, no jerárquico y no significativo, sin General, sin memoria organizadora o autómatas central, definido únicamente por una circulación de estados"⁵. De ahí la recomendación de estos pensadores en el sentido de "haced rizoma y no raíz", acompañada de "¡No suscitéis un general en vosotros!"

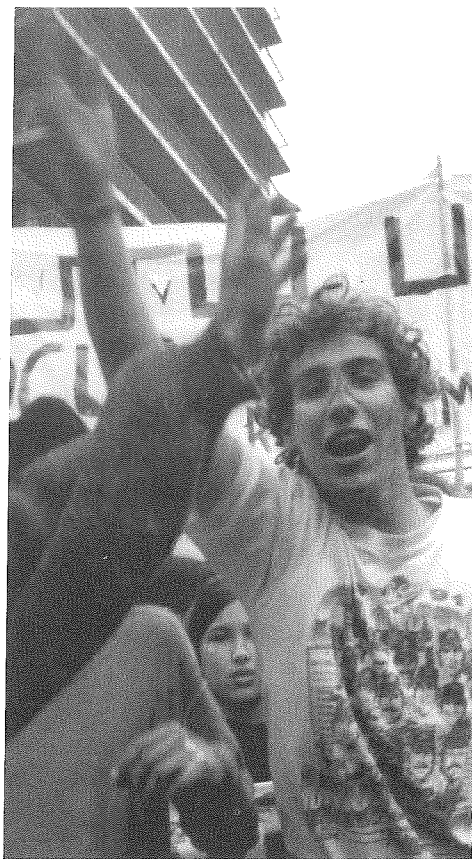
El rizoma y el actual movimiento estudiantil tienen mucho en común: no existe un centro de poder, se reproduce de forma horizontal y no jerárquica, como hebras o redes que se extienden y difunden, que desaparecen subterráneamente para reaparecer de forma imprevisible, obedeciendo más a la lógica de la multiplicidad que a la de la unidad. Si el movimiento se rompe en un lugar, como no es una cadena de poder, puede reproducirse sin dificultad. No depende de puntos (individuos), ni de una estructura fija, se adapta a las circunstancias y, por lo mismo, tiene gran capacidad para mutar. Cuando alguien pretende dominarlo o conducirlo, se rebela. Hace varios años surgió la Coordinadora de Estudiantes que luego fue copada por los sectores más militantes. La respuesta de la mayoría de los jóvenes que la integraban no fue pelear por el espacio que se había creado, una pelea por el poder, sino abandonarla y dejarla vacía de contenido. Al tiempo surgió otra organización similar pero mucho más amplia y extensa: la actual Coordinadora Intergremial.

Abrir y ocupar espacios: las barras y las llamadas

Sin duda la organización estudiantil es un reflejo de la experiencia que, a lo largo de una década, vivieron los jóvenes. De alguna manera es un rechazo a las estructuras jerárquicas y anquilosadas, refractarias a la participación, que tanto abundan. Pero los jóvenes también trasladan a los liceos hábitos y comportamientos aprendidos en sus formas de socialización cotidiana, ya sea en el barrio, la esquina, el estadio o la discoteca.

Escuchando las consignas que se corean en las manifestaciones puede observarse la repetición casi textual de los cánticos de las barras bravas del fútbol⁶. La frescura y vivacidad de lo que sucede en la Amsterdam, fiesta del color, el ritmo y el cuerpo, es apenas un síntoma de una corriente subterránea que atraviesa buena parte de la sociedad joven.

Durante la transición democrática las hinchadas dejaron de estar mezcladas, las dos barras fueron colocadas en antípodas y el fenómeno comenzó a extenderse al calor de la recuperación de las libertades, justo cuando irrumpe un poderoso movimiento juvenil que tuvo expresiones políticas y sociales en el PIT, la ASCEEP y algunos partidos políticos.



El sociólogo Esteban Perroni, que participa desde hace más de diez años junto a las barras bravas, considera que la estructura interna de la barra "es bastante horizontal y predominan las relaciones de solidaridad sobre las de competencia". En un país dominado por la timidez, el autocontrol, y donde se fomenta el individualismo, la barra "es una instancia en la que los jóvenes se expresan libre y comunitariamente al servicio de una causa".

A la hora de profundizar en el fenómeno, Perroni prefiere dejar de lado las categorías ideológicas para destacar lo que considera "un desafío no ideológico al poder", jerarquizando la fuerte comunicación intragrupal de las barras asentada en compartir emociones, afectos y vivencias. Porque las barras representan "microidentidades que se pueden definir como comunidades en las que imperan la fraternidad y la solidaridad entre sus miembros, con una fuerte apuesta a lo lúdico y una buena dosis de marginalidad cultural".

Si las barras bravas, o las barras de esquina, son una importante forma de socialización de los jóvenes, el candombe tiende a convertirse —de ahí la importancia de las letras de Rada o el nombre "Repique" para su boletín—, simultáneamente, en forma de diversión y protesta. Haría falta un estudio cuantitativo que registre la extraordinaria multiplicación de las "llamadas silvestres", que en pocos años han conseguido arraigarse en casi toda la geografía urbana, pasando de salidas esporádicas los días de fiesta nacional a convertirse en una práctica de casi todos los fines de semana, con cualquier excusa, o sin ella. Una verdadera explosión juvenil que

ejemplifica la búsqueda de espacios, que a menudo los encuentra sólo en la calle.

Es como si una parte de la juventud hubiera "tomado" el candombe como forma de expresión, extendiendo las llamadas mucho más allá de los límites geográficos y sociales en los que se manifestó tradicionalmente. Barrios en los que hace pocos años no existía una cuerda de tambores tienen ahora salidas todos los fines de semana.

El músico e investigador en musicología Gustavo Goldman estima que aunque la extensión del candombe tiene algo de moda, con los años se fue popularizando y "llega a ser hoy una de las principales formas de festejo popular". Quizá, porque "tiene una energía muy especial, que da tanto para festejar como para protestar", pero también porque "hoy tener un tambor es más accesible y ahora se reconoce al candombe como parte de la identidad nacional".

Consultado acerca de cómo se siente la gente que participa en la llamada, Goldman dice: "Siento que cuando salgo con los tambores es como una aplanadora que va pasando". Por la estructura interna de la cuerda, el diálogo que se establece entre los tambores, "el candombe es un fenómeno colectivo, donde se diluyen las distancias entre actor y espectador porque todos participan, tocando, bailando o acompañando". Pero el candombe es también comunidad, porque la gente que participa busca algo que los identifique y de lo que sentirse parte.

Desde el punto de vista de la utilización del espacio urbano, en la llamada "hay una apropiación de la calle, se acota y se controla un espacio que se convierte en territorio de libertad donde se colectivizan el vino y la cerveza, que pasan por ti la cuerda". Goldman asegura que a quien compra alcohol durante la llamada no se le ocurre consumirlo solo, sino que lo reparte en "un consumo social de la bebida, en un compartir social de los tambores". Paralelamente se libera el cuerpo y el momento de salir a tocar "es un momento de libertad".

Existe también un aspecto de fuerte afectividad; quien toca "hace un acto de entrega al barrio y a la gente; aunque se canse y se reviente las manos, lo hace con alegría". Pero hay algo más: en Occidente, según Goldman, "no hay música colectiva y participativa, pero en el candombe sucede al revés, se rompe el dualismo entre activo y pasivo, el que acompaña a la cuerda participa, baila y camina al ritmo de la cuerda, siendo un fenómeno de gran integración". Por último, considera que el candombe "siempre estuvo ligado a la resistencia popular y cultural".

La irrupción de los jóvenes en la tribuna y en las llamadas ha modificado tanto el paisaje de los estadios como la utilización de los espacios públicos urbanos. Aunque muchos jóvenes aseguran, como dice Alejandro, del liceo 1, que "la música que nos gusta raramente podemos escucharla en las radios y tampoco en las discotecas", sus formas de expresión, sus gustos y la búsqueda de espacios

para expresarlos han ido abriendo huecos en las grietas que el control social deja entreabiertas.

La masificación de los liceos llevó a que los estudiantes sean apenas un número y se sientan ajenos a la institución. Pero, simultáneamente, los centros son un hervidero de inquietudes y frustraciones, y uno de los lugares donde los jóvenes pasan buena parte de su tiempo. Estos hechos, sumados a anteriores experiencias de lucha y organizativas crearon las condiciones para que en los centros de estudio los jóvenes comenzaran a transitar de objetos a sujetos. Cualquiera que haya estado en los liceos durante los últimos años, podría haber registrado el sordo rumor y el desasosiego que subía de las aulas. Quizá algunos desajustes provocados por la puesta en marcha de la reforma educativa —el malentendimiento entre docentes y Codicén y el “autoritarismo ilustrado” de las autoridades de la enseñanza son algunos de ellos— abrieron las grietas por las que comenzó a colarse el descontento.

Llegado un momento tuvieron la posibilidad de dar un salto y expresarse. Así como otros jóvenes —o ellos mismos— en otros momentos “ocuparon” la Amsterdam y las llamadas, apenas cuatro liceos de Montevideo decidieron, un 14 de agosto, ocupar por tres días. Aunque era algo que se venía debatiendo hacía bastante tiempo, ése fue el momento que encontraron. Pero fue la chispa. A los pocos días había más de 40 centros controlados por los estudiantes. Y de no haber mediado los cierres de centros decretados por el Codicén, seguramente hubieran sido muchísimos más. Fue una sorpresa para muchos, pero más que nada para quienes se sitúan a años luz de esa cultura juvenil que hace tiempo viene reclamando su lugar en el mundo.

¿Un nuevo movimiento social?

Analizando los llamados nuevos movimientos sociales, André Gorz sostiene que están guiados por “la aspiración de los individuos y de las comunidades a recuperar su soberanía existencial, el poder de autodeterminar su vida”. La frase es perfectamente aplicable a lo que consiguieron los estudiantes durante las ocupaciones. En los centros se apoderaron de su vida, la controlaron, establecieron su propio orden, demostrando lo equivocados que están los mayores cuando etiquetan sus comportamientos y, sobre todo, cuando los juzgan negativamente.

Otros analistas sostienen que los nuevos movimientos se encuentran más cerca de “movimientos con orientación cultural” que de los “movimientos con orientación de poder”. Entre sus características cabe consignar que tienen una composición social heterogénea y una “estructura organizativa descentralizada y antijerárquica”, provocan una “politización de la vida cotidiana y del ámbito privado” y ejercen “métodos de acción colectiva no convencionales”⁷.

En Uruguay los sectores mayoritarios de la juventud se sienten marginados social, económica y culturalmente. Sin embargo, la cultura moderna envía a los jóvenes un mensaje contradictorio con su situación real: mientras se difunden ideas y valores que destacan lo joven como positivo, en la sociedad encuentran un verdadero tapón (generacional, policial y hasta estético) que les impide construir espacios propios. Hay que preguntarse si existe una cultura, o subcultura, juvenil que no tiene cabida en la sociedad oficial, y que poco a poco comenzó a desbordar los diques de contención, hasta producir el más amplio movimiento —específicamente joven— en mucho tiempo.

Por las edades de sus integrantes, los estilos de movilización y comportamiento, las demandas contra la exclusión y las formas de organización, se trata de un movimiento juvenil nuevo, que asume la forma de movimiento estudiantil. Mirado en detalle tiene rasgos que lo diferencian de los movimientos anteriores, aunque esos rasgos aún no se hayan consolidado y extendido uniformemente a todos los sectores que lo componen. Representa la emergencia, el desborde de un sujeto —el joven estudiante— que irrumpe en la escena social portando los valores, códigos y conductas que se han venido fraguando en las penumbras de una sociedad que lo marginaliza.

El futuro del movimiento, por el que muchos se preguntan, y su capacidad para remover la sociedad establecida, depende de la actitud de todos los actores sociales involucrados. Porque “la decadencia de una civilización comienza cuando sus poderes de dominio cultural se perfeccionan tanto, que le permiten falsificar e inhabilitar las

subculturas y contraculturas (...) cerrando así las vías de todo cambio, evolutivo o revolucionario. La capacidad de supervivencia de una cultura se define por la habilidad de aprender de sus subculturas sin ser destruida y sin destruirlas”⁸.

Según el autor citado, la fragmentación social que ha originado diversas culturas o subculturas subordinadas puede resolverse de tres maneras: la evolutiva, que admite la modificación de lo dominante para dar paso a los nuevos retos sociales; la revolucionaria, cuando los poderes bloquean los cambios y pretenden destruir por la violencia los movimientos que los desafían; y, finalmente, cuando se pretende falsificar las culturas contestatarias —vía integración o desfiguración— se asiste a un proceso de “decadencia” del cuerpo social.

Las autoridades de la enseñanza —siguiendo un patrón de comportamiento propio del poder— amagaron una actitud tolerante, transitando rápidamente hacia una respuesta autoritaria clásica. El sistema político formal, desde la coalición de gobierno hasta la oposición frenteamplista o nuevoespacista, ignora olímpicamente al movimiento estudiantil-juvenil. Probablemente intuye la profunda carga cuestionadora de que es portador.

Bloqueadas las vías del cambio social, todo indica que los jóvenes —estudiantes o no— seguirán ensayando caminos en busca de que se les reconozca un lugar en la sociedad. Si desde el punto de vista económico y social tienen un pie fuera del sistema, la actitud de la sociedad establecida los empuja cada vez más hacia los márgenes. A lo largo de los últimos 13 años este movimiento no ha dejado de expandirse y de crecer interiormente, madurando formas de organización y expresión cada vez más adecuadas a sus intereses y su realidad. Mirado en perspectiva, se puede asegurar que el movimiento de agosto abre una nueva etapa. La historia recién empieza.



1. Instituto de Teoría de la Arquitectura y Urbanismo, Montevideo: Una aproximación a su conocimiento, Nordan, 1994, pág. 103.
2. Idem, pág. 104.
3. Proceso de generación de conocimiento grupal e individual en la sociedad de masas, José Enrique Fernández, 1991, mimeo.
4. Una larga entrevista con tres jóvenes del liceo 1, que habían compartido el campamento instalado en la puerta del centro, produjo un resultado sorprendente: ninguno sabía las preferencias políticas del resto. Uno de ellos tenía militancia comunista, pero aclaró que “no consulto ni obedezco al partido sino a los compañeros del liceo”; otro es independiente de izquierda; el tercero, quien con más intensidad participó en el movimiento, se declaró colorado.
5. Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Rizoma*, Pre-Textos, 1977, pág. 52.
6. Uno de los cánticos más populares en el estadio reza así: “Baila la hinchada baila, baila de corazón, sin policías, sin vigilantes, vamo'a vivir mejor”. Los estudiantes la repiten textual, quitándole la palabra “hinchada”.
7. Jorge Riechman y Francisco Fernández Buey, *Redes que dan libertad*, Paidós, Madrid, 1994, págs. 56 y ss.
8. Luis Britto García, *El imperio contracultural: del rock a la postmodernidad*, Nueva Sociedad, 1991, pág. 19.